

LA EVOLUCIÓN DE LOS AFECTOS

A pesar de ser los afectos lo primero que se desarrolla en nosotros, y de su primordial importancia en nuestra vida individual y social, múltiples obstáculos han bloqueado el reconocimiento de su papel en el desarrollo humano. Es por eso una de las tantas paradojas de la Psicología occidental que, a pesar de sus enormes logros, tardíamente ha reconocido su papel en el desarrollo humano.

Aún mas, ya desde Platón, se reconoció la función modeladora de Eros, y los poetas no han temido cantarle, sin embargo, hubo que esperar siglos para que esta intuición diera sus frutos en la ciencia. El enorme descubrimiento del Logos, hizo que los griegos olvidaran su contraparte el Eros, prejuicio que ha lastrado la cultura occidental durante mas de dos mil años.

Quizá se explique esta carencia por la dificultad que presentan los fenómenos afectivos para su captación por su compleja sinuosidad y por el carácter unilateral de la ciencia moderna. Ha sido mérito de Freud, el haber vuelto la mirada hacia estos fenómenos, los que como dice Thomas Mann, el afecto hacía rato estaba susurrando. Solo faltaba el genio que le diera vida. Y este fue Freud, quien tuvo la osadía de volverse contra toda la tradición psiquiátrica y hasta su propia experiencia cultural y personal. Aguzado lector de la literatura, entendió el aporte del romanticismo frente a la Ilustración. Su descubrimiento de la “libido”, abriría los cauces represados de una psicología y una psiquiatría centradas en fenómenos más periféricos de la conducta y la vida humanas.

Pero Freud solo pudo comprender la vida afectiva desde una óptica negativa, como una función de descarga de una tensión. Hoy sabemos que es más que eso y que el estado

afectivo normal es una “exaltación vibrante del yo”. Esto implica un reconocimiento del papel positivo de la sensibilidad, y no solo como algo pasivo y extraño a nosotros.

Los afectos o sentimientos, son inmensos como el mar, el cual es su mejor símbolo. Y como el mar, los afectos son inmensos e insondables, y como aquel, son nuestro más poderoso poder elemental y no se dejan apresar por una ciencia reduccionista como la occidental.

Desde antes de nacer, somos seres sensitivos y sentimos, gracias al poder que poseen nuestros órganos sensoriales, la excitación ante los más tenues estímulos. Sentimos con las manos, la nariz, la boca, los oídos, en suma, con todo el cuerpo que es el “sentido de los sentidos”.

“Percibir, oír, saborear, tocar, oler, son formas de sentir el Mundo” (Gurmendez). Pero nos damos cuenta de las cosas del mundo, porque previamente nos percibimos a nosotros mismos, auto-presencia que apoyada en el tacto, es la base de la sensibilidad cinestésica y corporal, tarea que continúa la visión, y así, lo que no podemos ver nos lo representamos. O sea, la percepción “nos pone en contacto con presencias palpables que nos sacuden inmediatamente”. Así, el tacto, el gusto, el oído, el olfato y el gusto me permiten conocer el mundo y conocerme a mi mismo.

La afectividad para Morin, es una emergencia suprema del sujeto, es consecuencia y no fuente de la existencia subjetiva, por eso lo nefasto o benéfico no es computado ya como bueno o malo, sino también como calmante o irritante. La sensibilidad e irritabilidad se forman con el desarrollo de los receptores sensoriales y en el reino animal con las redes nerviosas, de los aparatos neuro-cerebrales

en los mamíferos. La afectividad se desarrolla a partir de ahí, y con ella la intimidad, la soledad y la satisfacción existencial, el goce y el sufrimiento, las penas y dolores subjetivos. La vida es afectividad y sufrimiento, y por ello sufrimiento y gozo. Huir del sufrimiento es huir de la vida, y por ello la vida es pasión.

“La sensibilidad”, anota Levinas, “pertenece al orden afectivo en que se mueve el egoísmo del yo”¹. Por eso, las cualidades sensibles no se conocen propiamente, sino que se está dentro de ellas. Los afectos son un “dato inmediato”, y están ahí siempre con nosotros, sea en la forma de plenitud, o de desesperación, que son sus dos extremos más amplios. Entre ellos, hay una gama amplia de sensaciones evanescentes que los poetas y novelistas más que los científicos han logrado describir. Así, Cordelia, la inmortal creación de Shakespeare, la hija menor del rey Lear, es la mujer cordial, la que fue todo corazón.

Vivir es acción y pasión, frenesí, pero también contemplación gozosa del espectáculo del mundo; la sensibilidad es gozo, no representación, y se basta a sí misma. Es por ello más subjetiva que la razón y la voluntad sus otras dos compañeras. La sensibilidad, que está “más allá del instinto y más acá de la razón” es autosuficiente e “irreducible”. Por eso, como anota Levinas, “gozamos del mundo antes de referirnos a sus derivaciones; respiramos, caminamos, vemos, paseamos, etc.” Y continúa:

“Lo sólido de la tierra que me sostiene, el azul del cielo sobre mi cabeza, el soplo del viento, la ondulación del mar, el brillo de la luz, no se adhieren a una sustancia. Vienen de ninguna parte. Este hecho, esboza el porvenir de la sensibilidad y del gozo”.

El mundo afectivo posee una rica y compleja gama y jerarquía. El primero es en el vivir en la quietud, en que podemos contemplar el espectáculo del mundo, pero este sosiego, esconde una vaga inquietud que le impele a salir fuera de sí mismo, es una sensación indefinida, a la cual sucede ya una aspiración “que se derrama con una solicitud enternecida por los seres y las cosas”. Es un aspirar que se recoge sobre sí misma. A ésta sucede el **anhelo** que sale a buscar sin saber lo que necesita. Aquella es pasiva y soñadora, mientras que esta es activa, pero no se detiene en nada ni en nadie. Aunque busca materializarse, aquélla se siente impotente, éste busca sin detenerse, ambos no saben lo que quieren pues son solo impulsos del cuerpo.

A éstas sucede la **ansiedad** que es una apetencia más limitada y parcial. Y tiene fines reales y positivos: el amor, el dinero, el placer. El ansioso materializa su deseo, objetivándolo en su afán. Es ya **pulsión**, o sea la conciencia de la necesidad imperiosa del cuerpo, y no un mero impulso vital que nos agita.

Hambre, sed, deseo sexual, son las pulsiones fundamentales del ser humano que se van turnando en su imperiosidad sin que haya una decisiva. Y son derivadas de la pulsión fundamental, el deseo de conservación (Spinoza). Aquí entra en juego la libido que ya describiera Freud.

Pero no sólo apetecemos, somos seres también de **deseos**, es decir nos orientamos hacia el objeto determinado que hemos imaginado y adornado con todos los encantos que alimenta nuestro inconsciente y nuestras valoraciones culturales. Cada sentido tiene sus propias apetencias que engendran sus pulsiones.

El cuerpo es el sujeto de todas las pulsiones, el eje soporte de la sensibilidad pero mientras las pulsiones nacen de un centro orgánico preciso, se dan también en nosotros la **pasión**, la cual no tiene localización material, ella es la conciencia de la impulsión instintiva o arrebatada: no solo sabe lo que quiere, sino que también quiere lo que sabe.

Una vez constituida, la pasión es una potencia, una energía arrolladora que lo envuelve todo, que no necesita ni depende de ningún objeto exterior para existir. Es contradicción viva, antítesis dramática del ser, una realidad dual, pero no es desdichada pues al entrar en contacto con el mundo, lo conoce y se realiza. Nada grande se ha hecho sin pasión, decía Hegel. La pasión siente el sufrimiento como carencia, privación, necesidad, limitación. Por eso una pasión plena. Las pasiones encuentran sus propias razones, y son razones para vivir, es conato, ímpetu, apetito, es actividad.

Frente a una teoría que mira la vida como posesión, nos recuerda Levinas, toda posesión se sitúa en aquel ámbito de lo que no se puede poseer, y a esto lo llama “lo elemental”. En el gozo las cosas vuelven a sus cualidades elementales. Y no se debe buscar detrás de la satisfacción un orden con relación al cual adquiriría valor la

¹ LEVINAS, Emmanuelle. Totalidad e infinito. Salamanca, Edic. Sígueme, 1977, pág.83.

satisfacción. Aquí se reconoce la verdad permanente de las morales hedonistas que una tradición hipócrita ha desconocido. El tedio a la vida se baña en el amor a la vida que rechaza. El sufrimiento de la necesidad no se apaga con la anorexia, sino en la satisfacción. Un ser sin necesidades está fuera de la felicidad y la infelicidad.

Esta concepción recupera lo que han anotado artistas y poetas, que el gozo es inseguridad, y deja su marca en su movimiento, por eso nuestra vida es una permanente nostalgia de aquellos momentos de plenitud. “El dolor dice pasa, el placer quiere eternidad” (Nietzsche). Es la nostalgia que siempre buscamos recuperar. El yo es felicidad, pero suficiencia en su no suficiencia. Vivir es “gozar de la vida”; y por eso desesperamos de ella, porque la vida es originalmente felicidad. La felicidad no es ausencia de felicidades, es realización, y lo es de un alma satisfecha. Y porque es felicidad, es personal. La felicidad consiste en satisfacer sus necesidades, no en suprimirlas.

Estamos aquí en la antesala de una antropología que se ha ido perfilando desde hace tiempo, y que es el reconocimiento de la potencia del afecto, nuestra época ha aprendido mucho de ello, pero su hallazgo también ha llevado a una ansia compulsiva de placer, o a un supermercado de los afectos, una “cariciología” sentimentaloides.



La relación original del hombre con el mundo material, no es la negatividad como lo afirman las filosofías negadoras de la vida, sino el gozo. La felicidad del gozo es más fuerte que toda inquietud, pero la inquietud puede perturbarla, y ahí está la diferencia entre el hombre y el animal.

Los humanos somos en parte autosuficientes, pero también indigentes, y además somos los únicos entre los vivientes cuyo nacimiento es el más prematuro, dependemos por ello de los demás humanos para desarrollarnos física e intelectualmente.

Nuestras necesidades son tanto biológicas como simbólicas o propiamente humanas. De ahí que no sólo tenemos **necesidades**: comida, bebida, respiración, reproducción, sino también **deseos**: el afecto, el cariño que exigimos a los que nos rodean y que ellos nos pueden negar o brindar a su antojo. Al nacer, el niño está listo para un diálogo que es a la vez “perceptivo-motriz-afectivo” con la madre o con quien haga sus veces.

Esta dependencia del niño del adulto, y el cuidado de la madre, lo libran en principio de las preocupaciones por su vida, y de ahí la vivencia de un mundo omnipotente, regido por la búsqueda de la satisfacción de las necesidades instintivas básicas. Con ello su infancia es más prolongada

que en cualquier otra especie, y con ello la emergencia de dos principios de su funcionamiento mental: el **principio del placer** que rige nuestros impulsos, y el **principio de realidad**, que es la adaptación personal a las exigencias de la vida real. Del juego de ambos surge nuestra experiencia concreta de la individualidad.

Esta sensación de soledad la rompemos a través de las religiones, el arte, los actos colectivos, orgías, fiestas, deportes, que nos hacen sentir en “comunidad”, aunque sea momentánea, con lo que nos rodea, o nos entregamos al líder, al “jefe”, quienes hipotecan nuestra libertad y a veces disponen de nuestras vidas.

Tras la ruptura con la madre, se inicia un proceso de revolución psíquica con la que intentamos evitar la experiencia de la separación y recuperar la unión perdida. Esta es la historia que nos ha narrado Freud, y que es el esbozo de una psicología dramática. El primer acto de negación de la separación, ocurre a través de la fantasía del recuerdo alucinado de la plena fusión y satisfacción. Cada experiencia de satisfacción intenta retrotraernos a la primera y total satisfacción de fusión. Es la que evoca el místico, el drogadicto o buscamos en la unión sexual.

En este proceso surge el **Yo**, el cual es según Freud, el depósito de catexias (cargas libidinales de afecto abandonadas). O sea, el yo resulta del abandono de las relaciones afectivas básicas. Dichas reacciones se organizan en dos esferas: la **IDENTIFICACION**, por la que se busca asemejar al objeto amado, y la **ELECCION DEL OBJETO**. Ambas buscan superar el aislamiento.

La primera tarea del niño es identificarse consigo mismo, aprender a saber quien es, y esto lo logra si su madre lo reconoce, necesario para que el niño pueda reconocerse a sí mismo. Pero si la madre no cumple su papel, el niño no se sentirá aceptado y amado, y difícilmente se aceptará a sí mismo. Es lo que ocurrió a Narciso quien se ahogó en el agua al no poder separar su imagen.

Es la fase de la **imagen especular** de que hablara Lacan, y la base del yo social, la cual determina en el niño la presencia de una pareja imaginaria que son el “sí mismo” y el “otro”, recíprocos y reversibles. Así el niño encuentra su identidad en la imagen, pero esta identidad es de algún modo su otro. Y así reconoce que Yo es Otro (Rimbaud). Así pues **el que ve se ve**. Yo me veo, pero este ver es el que me permite decir: YO. Este proceso ocurre más o menos a los seis meses.

Surge con ello la diferencia de Uno mismo y Otro, o sea que nos conocemos a través de otras personas y en primer lugar de la madre. Por eso inicialmente no existe algo así como un niño, sino una relación niño-madre (Winnicott).

En especial el rostro de la madre actúa como un espejo en el niño que le devuelve su propia esencia, por eso se dice es el “precursor del objeto”, o sea de las relaciones futuras. Al mirarse en ella, el niño se descubre como Si Mismo, con un sentimiento de fusión con el universo, que será la base de todos los encuentros futuros.

Paradójicamente, al nacer, todo niño es ya viejo, pues carga con toda la historia no sólo de nuestra especie, sino también la del cosmos. Pero también él milagrosamente lo renueva todo. **Ontogénesis y filogénesis**, desarrollo individual y de la especie, se relacionan íntimamente.

Nuestro cuerpo no es sin embargo sólo “material”, como por ejemplo la piedra o el mineral, sino que se nos presenta como exteriorización de algo interno, es decir, que más allá de la materia vislumbramos en él, una intimidad que es no sólo viva como en los demás animales, sino además espiritual. Así al contemplar un ser humano, entreveamos en él algo más que la simple materia. Esa forma externa es expresión de algo interno, que busca ser interpretado y que podemos llamar alma o vida interior.

El cuerpo es por eso sujeto e instrumento que me instala en el mundo y me hace actuar en él. Es sujeto y objeto, y se me presenta como “mío”, y como dice Marcel, es mío en tanto no es objeto, y en tanto mío, como sentido por mí, como una inmediatez que tiene prioridad absoluta sobre todo lo demás.

El niño conoce primero su cuerpo antes de conocer el mundo, debe gozarlo no sólo como un todo sino en sus diversas zonas que señaló Freud: orales, anales, genitales, etc. De ahí esa autosuficiencia de los niños, absortos en sí mismos y en sus cuerpos, son narcisistas sin culpa ni limitaciones, y no conocen la distinción entre cuerpo y alma. Igual el místico.

Y por eso, la esencia última de nuestros deseos y de nuestro ser es el goce de la vida activa de todo el cuerpo humano. Para Freud, la esencia última de nuestro ser permanece en nuestro inconsciente. Por eso la infancia permanece como una meta indestructible del ser humano.

Pero como anota Marcuse, la fuerza total de la moral fue movilizadora contra el uso del cuerpo objeto, medio e instrumento de placer, este uso fue convertido en “tabú”, generando numerosas represiones generadoras de diversas neurosis y perversiones.

La vida del cuerpo es la única real en nosotros, como una unidad interior, y no por el dualismo cuerpo-alma. Tanto el hombre primitivo como el niño viven esta realidad como única y por eso todo lo vital es para ellos único, sagrado.



El yo del niño es en principio un “yo corporal”, y por eso, la conciencia de uno mismo es la constatación de nuestro cuerpo como una entidad separada y también de la conciencia de la identidad como un ser en el mundo, que marca también el nacimiento de la alienación del mundo.

El sujeto es “para sí”, se representa y se conoce, se posee. Este imperialismo del Mismo es toda la esencia de la libertad, e indica el fin de mis poderes, no tengo poder sobre él, pues desborda toda idea que yo puedo tener sobre él.

Pero todo ser humano debe vivir una experiencia no imaginaria sino real, lo que ocurre en el **Complejo de Edipo**, primero en la relación con el hermano que es nuestro primer semejante, y es por ello la imagen especular encarnada. Al surgir la rivalidad parecerá ya como intruso, pero aún no comporta la dimensión de peligro como lo será el padre cuyo carácter es prohibir, de cuyo enfrentamiento va a concluir la identidad del sujeto que hasta ahora estaba en camino. El padre establece el régimen de la “ley” frente al imperio de deseo que establece la madre. Aceptando la lucha, el sujeto humano da el primer paso hacia el abandono del complejo.

BIBLIOGRAFIA

FREUD, Sigmund. Obras completas. Madrid, Biblioteca Nueva.

MARCUSE, Herbert. Eros Y civilización, Barcelona Biblioteca Breve, 1969.

Levinas, Emmanuel, Totalidad e Infinito, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1997.